Acto de Graduación
Grado en Administración y Dirección de Empresas
Promoción 2020–2025

Universidad Politécnica de Valencia
Salón de Actos del Edificio Nexus
24 de octubre de 2025

Tomás Baviera
Departamento de Economía y Ciencias Sociales
Universidad Politécnica de Valencia

Saludos a los miembros de la mesa.

Quisiera en primer lugar felicitar a todos los futuros graduados y graduadas en Administración y Dirección de Empresas, por haber concluido esta etapa en la Universidad, muy rica en experiencias personales.

También quisiera felicitar a los padres y a las madres aquí presentes. No cabe duda de que hoy es un gran momento para ustedes también, pues su apoyo y su acompañamiento han hecho posible que sus hijos e hijas hayan llegado hasta aquí.

No puedo dejar de agradecer al Decanato de la Facultad, y en especial a María del Mar Marín, por este honor de ser nombrado Padrino de una promoción a la que me siento muy unido. Desde que me incorporé a la Universidad, María del Mar ha sido quien ha estado al frente del Decanato. Aprovecho para agradecerle todo lo que ha hecho por la Facultad en estos años, sabiendo que está a punto de cerrar su etapa como decana –una etapa en la que le ha tocado lidiar con circunstancias muy complejas, como el confinamiento por el COVID o la desgracia de la DANA. Muchas gracias por todo tu trabajo, Mar.

Para mí ser padrino de esta promoción supone una **grandísima alegría**. Tengo muy buenos recuerdos de las clases con el grupo de inglés y del Doble Grado en ADE e Informática. Pero hay un recuerdo que –sin duda– sobresale entre todos ellos. Además, tuve la suerte de que inmortalizamos ese momento con una foto, que conservo como un tesoro.

Estábamos en el último día de clase de teoría en la asignatura de Dirección Comercial, con el grupo de inglés. Revisamos el examen del año anterior, y

aproveché para dar algunas pautas de cara al estudio de la asignatura. Pero no terminé la clase con eso. Lo hice con dos cosas más.

La primera consistió en ver un video de una entrevista a Steve Jobs. Se trataba de un corte de tres minutos. Steve Jobs fue el fundador de Apple, y a él le debemos el invento del iPhone, entre otras muchas cosas.

En esa entrevista, Steve Jobs comenta que en los grandes proyectos tecnológicos resulta muy importante apuntar en la dirección correcta, pues un leve desajuste al comienzo puede desviar la trayectoria y terminar donde uno no quiere.

Entonces el entrevistador le planteó una muy buena pregunta: **"¿Y cómo sabes cuál es la dirección correcta?"**

Steve Jobs no se esperaba esta pregunta. Guardó silencio. Se tomó su tiempo, y su respuesta podría traducirse del siguiente modo:

> ¿Sabes? En última instancia, se trata de una cuestión de *gusto*. Hay que ponerse en contacto con las mejores cosas que los seres humanos han hecho. Hay que "saborear" lo excelente.

Steve Jobs estaba hablando de la innovación, y lo sorprendente de su respuesta es que, junto con la excelencia técnica, defendió la necesidad de cultivar la excelencia humanística. Me parecía un mensaje muy apropiado para finalizar una asignatura sobre marketing, puesto que provenía de alguien que tanto había influido en el mercado de los últimos años.

La última cosa que hice ese último día de clase podría considerarse como una "aplicación" práctica de lo que Steve Jobs acababa de explicar. En realidad, respondía a una motivación mía más personal. Ese día era mi cumpleaños, y, para redondear la celebración, cumplía 50 años. Después de todo lo que había disfrutado con este grupo, no podía dejar de tener un detalle especial con ellos.

Al terminar el comentario del vídeo, me bajé de la tarima con una bolsa de deportes. Me dirigí al centro del aula, y les pedí a los asistentes que se acercaran. Entonces saqué una caja de cartón de color rojo con letras negras. Una alumna a mi izquierda comentó: "¡Si es del Taller!". El Taller es una de las pastelerías más exquisitas de Valencia. En efecto, se trataba de una tarta. La gente seguía sin entender nada, hasta que les expliqué que ese día yo cumplía 50 años, y que me apetecía mucho celebrarlo con ellos.

Antes de partir la tarta, nos hicimos esa foto que he mencionado antes. En ella todavía se puede ver la cara perpleja de algunos Erasmus, y la cara sonriente de todos los españoles. Me había llevado platos y cubiertos de plástico y todos pudimos "saborear" esa tarta excelente –aunque fuera un trozo pequeño. Creo que nunca he terminado una asignatura con una sensación tan grata.

Para esta ocasión, en la que me toca ejercer de Padrino, me gustaría retomar aquella pregunta de la entrevista a Steve Jobs: "¿Cómo saber la dirección correcta?"

Steve Jobs razonó de la siguiente forma: hay que educar el "paladar"; hay que ponerse en contacto con lo más excelente, con el fin de adquirir buen criterio para tomar la dirección correcta en la innovación.

Pero ahora no estamos hablando de tecnología ni de creatividad. Estamos hablando de vuestra nueva etapa profesional. De alguna forma os habréis hecho esta pregunta en los últimos meses: **¿cómo saber la dirección correcta?** Pues os hacéis cargo de la repercusión que tendrán las decisiones que toméis ahora.

Quisiera proponeros algo excelente, algo con lo que vale la pena "ponerse en contacto" desde el principio para marcar la dirección correcta. Soy consciente de que esta propuesta puede malinterpretarse. Podría parecer idealista, o poco práctica, o simplemente ridícula. Pero yo no podría ocultaros –más aun siendo vuestro Padrino– aquello que considero más excelente y que tanto me ha ayudado para tomar buenas decisiones. Para mí, esa excelencia no es otra cosa que el ***amor***.

Amar –amar de verdad– constituye una de las grandes maravillas humanas. Me gustaría circunscribirme tan solo a una dimensión del amor: el amor al trabajo. Compartiré con vosotros brevemente tres ideas, con la ilusión de que os puedan servir en la nueva etapa que habéis comenzado.

La **primera idea** tiene que ver con el fruto de un trabajo que ha sido amado. Amar el trabajo se manifiesta en terminar algo de la mejor forma posible. Quizá no sea algo perfecto, pero sí que tiene que ser *cuidado* de forma personal.

Chesterton –que es uno de mis héroes intelectuales– expresó esta idea del siguiente modo:

> Los hombres no amaron Roma porque fuera grande. La hicieron grande porque la amaron[1].

El amor al trabajo se manifiesta en la actitud de quien está involucrado en algo que sabe que vale la pena. Es entonces cuando uno se vuelca en los detalles, yendo más allá de lo exigible.

Doy gracias a Dios porque he tenido la suerte de haber sido profesor de estudiantes, que se gradúan hoy, que han trabajado con auténtico amor. Se les notaba en sus ojos. Los he visto en los proyectos de mi asignatura, donde se entregaron planes de marketing magníficos, muy sólidos y muy consistentes. Pero sobre todo lo he visto en varios de los Trabajos de Fin de Grado que he tutorizado este curso pasado. Al

---

[1] G.K. Chesterton, *Ortodoxia*, Editorial Porrúa, México D.F. 1998, p. 40.

ojear el documento final de estos trabajos, se notaba que eran como *un sueño hecho realidad* por todo el amor que había detrás de esas páginas.

Alguno podría objetar que no siempre es posible elegir el trabajo que uno quiere, o que lo que uno hace es muy difícil de amar porque le toca hacer cosas aburridas o poco atractivas. Esto nos conduce a la **segunda idea** que me gustaría compartir.

Para amar el trabajo –incluso un trabajo que no guste– resulta crucial amar a las personas que se benefician de esa tarea. Se trata de ver personas detrás del trabajo, de la misma forma que el emprendedor nato siempre está viendo oportunidades donde otros solo ven problemas. Desde esta visión, el trabajo se vuelve muy amable, aunque la tarea concreta nos pueda gustar poco.

Viene muy al caso la historia de Bob Chapman. Este hombre es el director ejecutivo de Barry-Wehmiller. Esta compañía estadounidense comenzó fabricando maquinaria para empresas cerveceras a finales del siglo XIX. Ahora es una compañía que hace maquinaria industrial para distintos sectores.

Bob Chapman cuenta que fue formado en las escuelas de negocios para "gestionar personas, no para liderarlas". Con cierta crudeza, caracterizó la dirección de empresas como la "manipulación de los demás para el éxito de uno". Consideraba a sus empleados como individuos que cumplían una función, y que eran perfectamente prescindibles.

Esta visión cambió completamente en un momento dado. Estaba asistiendo a la boda de la hija de un amigo. Allí Bob Chapman descubrió que sus empleados eran personas, que tenían sus motivaciones, sus ilusiones, también sus necesidades. Pudo descubrir esto porque comprendió algo más radical aún: se dio cuenta de que cada empleado era el hijo precioso o la hija preciosa de unos padres; unos padres que seguían soñando con ese hijo, con esa hija, que se habían desvivido por él o por ella desde que era un bebé, y que lo seguían queriendo como a alguien único e irremplazable. En ese momento, Chapman se vio al cargo de personas *muy valiosas*, a las que debía cuidar pensando en el cariño que sus padres habían puesto en ellas.

Escuchar a Bob Chapman es escuchar a una persona consciente de una gran vocación. Considera el liderazgo como un privilegio por la oportunidad de servir y de ayudar a crecer a tantas personas.

Antes Chapman medía su éxito por lo que decía la cuenta de pérdidas y ganancias; ahora, en cambio, mide su éxito por el impacto que genera en la vida de sus empleados, en la salud de sus empleados e incluso en la familia de sus empleados.

Amar el trabajo supone, por tanto, trabajar con esmero y procurar el bien de las personas que están detrás del trabajo. Para hacer esto posible, se necesita algo que

quizá no sea tan obvio, y que sin embargo podríamos considerar como el "secreto" del amor: la llave capaz de abrir el corazón humano. Aquí viene mi **tercera idea**.

¿Se puede aprender a amar? Por supuesto. A amar se aprende amando... pero sobre todo se aprende a amar *sabiéndose amado*. Dostoievski ilustró muy bien esta idea en una de sus novelas:

> A ustedes se les habla mucho de la educación; pues bien, un recuerdo (...) magnífico, sacrosanto, conservado desde la infancia, quizá sea la mejor educación. El que ha acumulado recuerdos de esta naturaleza, es hombre salvado para toda la vida. E incluso si no quedara más que un solo recuerdo bueno en nuestro corazón, puede que algún día ese recuerdo nos salve.[2]

Ese buen recuerdo tiene que ver con cómo hemos sido tratados, con cómo hemos sido ayudados, con cómo hemos sido acompañados, especialmente en momentos difíciles. Se trata de una vivencia que marcó nuestro corazón, y cuya huella resultó tanto más honda cuanto más indignos nos supimos de ese amor.

Un recuerdo así constituye la mejor educación porque lo que más estimula a amar es saberse amado *de verdad*. Y uno amará más plenamente en la medida en que se haya abierto sin miedo a recibir amores sinceros. De ahí la importancia de conservar los buenos recuerdos, de "saborearlos", para así alimentar la esperanza de que el amor es posible.

Mi deseo para todos vosotros hoy como Padrino vuestro es muy ambicioso. Soy consciente de ello. Necesitamos gente que ame su trabajo y que se esmere en lo que hace. Ojalá salgáis al mundo laboral cargados de buenos recuerdos y con la ilusión de hacer de este mundo nuestro un lugar más amable para todos.

Muchas gracias.

---

[2] Fiódor M. Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*, Ed. Cátedra, Madrid [8]2005, p. 1110.